



Publicado por:

NovaCasaEditorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2021, **Angie Ocampo**

© 2021, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Edith Gallego

Corrección

Bárbara Antón

Diseño portada

Tyler Evelyn Rood

Maquetación

Vasco Lopes

Impresión

Podiprint

Primera edición: Noviembre de 2021

DL: B 16968-2021

ISBN: 978-84-18013-85-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

ANGIE OCAMPO

INDESTRUCTIBLE

LIBRO I DE LA TRILOGÍA *VENENO*



Nova Casa Editorial



DEDICATORIA

*Para ti, quien antes me leyó
y ahora vuelve a hacerlo.
Gracias por creer en mí y en este
Indestructible sueño.*



INTRODUCCIÓN

Solo hubo un momento...

Solo uno...

En el que pensé que podría solucionarlo todo, que el desencadenamiento de la causa y efecto estaría dispuesto a ponerse a mi favor.

Maldita causalidad, siempre viniendo acompañada de un espeso y turbio karma.

Al ver por última vez sus ojos, supe que todo había terminado. El dolor que siento al rodear su torso con mis brazos me desarma, intenta destruirme, pero aplico la poca fuerza que tengo para no permitirlo, me juro que esto no quedará impune.

A veces, clasificamos mal el significado y la equivalencia de la palabra «final». El mundo no se detendrá solo porque a alguien le tocó naufragar en el fondo de la miseria y, para mí, no todo termina aquí.

Hasta que mi corazón deje de bombear, hasta que la sangre deje de correr por mis venas y el oxígeno deje de circular por mis pulmones, seguiré intentando subir de nuevo a la superficie después de haber tocado fondo.

Él pagará.

Y yo deberé crear un nuevo comienzo.
Porque yo soy...
Indestructible.
Implacable.
Invencible.
«Mi grandeza no reside en no haber caído nunca, sino en haberme levantado siempre».

Napoleón Bonaparte

CAPÍTULO 0

Washington, Estados Unidos
31 de octubre del 2014

Atenea

Me formo recta al lado de Alan. Hoy vendrá alguien del grupo de oriente a enseñarnos a disparar a largas distancias. Le llaman el francotirador águila, pero yo no necesito clases de un novato, soy excelente también.

Estamos en el campo de tiro del Pentágono. Llevo puesto mi uniforme militar. Me remuevo un poco en mi lugar, el pantalón me queda un poco ajustado debido a que estos últimos meses de entrenamiento han hecho crecer un poco mis músculos, especialmente mis glúteos. Debo solicitar indumentaria nueva.

Grandes pisadas llegan desde detrás y evito voltearme a mirar, pero Alan sí lo hace.

—Mierda, es enorme —susurra.

Por inercia, giro mi cabeza y lo veo. Ya me lo habían descrito antes, papá lo ha mencionado en algunas ocasiones, pero se quedaron cortos. El hombre es una maldita mole de músculos

de un metro noventa y tantos. El sol de mediodía causa que deba entrecerrar los ojos para ver mejor, la gorra que reposa sobre mi cabeza no ayuda mucho. Viene acompañado de otros dos hombres, uno de cara amigable y otro de cara temible.

Los ojos del francotirador caen en mí, le sostengo la mirada hasta que él alza una ceja y me guiña un ojo. Volteo la cara rápidamente y me adecuo en un semblante serio.

¿Qué se cree guiñándome el ojo? Soy una maldita physico-rum, no una tipa en un bar que busca follar. Bueno, también busco follar, pero no aquí, no en este momento y mucho menos con él. Me mataría en mi primera vez. Luce como de los que follan duro y ahorcan. No parece ser del tipo los que le gusta seguir órdenes o reglas en la cama, a mí me llama muchísimo la atención ser la dominante. Claro, que haría muchísimas cosas con él, si se dejara.

—¡Preséntense, soldados! —Su cara aparece frente a mí.

No sé en qué momento llegó hasta aquí. Estaba tan absorta en mis pensamientos lujuriosos.

—¡Atenea Zubac, physico-rum 0177! —respondo.

—Dígame, Zubac, ¿en qué mierda estaba pensando?

«En follar con usted».

—En mi método de puntería, señor.

—¿Y se podría saber cuál es? —Me mira fijamente.

—Claro, siempre es un gusto compartir mi saber —me mofó con precaución.

No quiero un maldito castigo. A pesar de que él sea un novato en campo activo, ahora mismo tiene un rango más alto que el mío, pero no será por mucho, voy a superarlo, voy a superar a todos.

Me repara y luego me invita a ir hasta la base donde está el fusil francotirador. Me acuesto boca abajo y tomo posición, pongo mi ojo en la mira telescópica. Noto como él se acuclilla a mi lado y volteo a verlo.

—Hey, el blanco está allá, al frente —le reclamo cuando veo que sus ojos caen en mi trasero.

No lo culpo, mis glúteos deben lucir muy bien en esta posición.

—En ambos se puede disparar, no hay diferencia —se burla y alza una ceja.

Blanqueo mis ojos. Estoy cansada de luchar contra comentarios machistas, todos los días me cae alguno y todos los días tengo que patearle el culo a un hombre.

Pero este en especial no me molesta, antes me halaga, porque sé que no fue inmune a mi físico, como yo no lo fui al de él.

—Empieza con el primero, te la pondré suave —dice.

—No me gusta suave, me gusta ir siempre a la parte dura —digo volviendo mi vista al frente.

—Para tener 18 años, no creo que tengas mucha experiencia en partes duras.

Enfoco la mira y, rápidamente, disparo al objetivo más lejano. Él se lleva unos binoculares a la cara para poder descubrir si acerté.

—Hay muchos videos en internet que sirven como instructivo. —Me incorporo y le guiño un ojo.

Vuelvo a formarme al lado de Alan.

—Te escaneó como un depredador a su presa —me avisa.

—Lo sé —digo victoriosa —. Pero te equivocas en algo, aquí la presa no soy yo, la presa es él.

Lo miro detalladamente mientras le explica al resto de mi clase sus trucos de puntería a larga distancia. No me sorprende, papá ya me los había enseñado todos. Además, por más que él les explique a ellos un millón de veces, si no tienes talento, no vas a sobresalir.



—¿Vas a ir a la fiesta de esta noche? —pregunta Alan sentándose a mi lado en el comedor.

El ruido de la gente hablando no me deja escucharlo bien, pero entiendo.

—No, tengo que estudiar —digo mirando el plato de comida insípida.

No lo tengo que ver para saber que está rodando los ojos y torciendo el gesto. Llevo la cuchara a mi boca.

—Oí que un tal Müller pasaría por el lugar —me susurra en el oído.

—No me importa —digo mientras mastico.

—Oh, eres tan desagradable. —Se corre de mi lado—. Por eso es que sigues siendo virgen aún. Mira todos los hombres que hay aquí, dispuestos a dar lo que sea por estar contigo, pero no. —Acerca su rostro al mío—. Estás por ahí de amargada y aburrida.

—Ninguno es digno y va contra las reglas. —Sigo masticando.

—Las reglas importan una mierda. —Suspira y toma mi cara entre sus manos—. Es solo sexo, Atenea, no caigas en el cliché de esperar que tu primera vez sea algo romántico, dulce y memorable. Busca un buen espécimen, alguien que no sea tan idiota y te guste bastante.

—¿Cómo quién? —Lo miro.

Sus ojos pasean por toda la cafetería y se detiene en un punto.

—Como él. —Señala con su cabeza.

Mis ojos van en su dirección, Maximilian está sentado con algunos capitanes y generales hablando.

—No. —Vuelvo a mirar mi comida.

—No, claro que no, no te da para llevarte a un comandante y un hombre más grande que tú a la cama. —Me reta disimuladamente.

—Solo es 7 años mayor.

—7 años y sumándole el hecho de que acabas de cumplir 18, que recién te vas a graduar y que él pronto será comandante... Equivale como a 10 años.

Levanto la vista para verlo nuevamente. Nuestras miradas coinciden, llevo una fresa del bol de frutas a mi boca, sin romper el contacto visual con el alemán.

—Lo haré —digo.

No espero que mi primera vez sea algo color rosa, pero si al menos va a pasar, que sea con alguien que desde la primera vez que lo vi, me mojó las bragas y me puso a fantasear con él. Me importa una mierda si solo lo conozco de hace un día.

—Esa es mi chica. —Se pone de pie—. Nos vemos a las 8. Busca algún disfraz.



—No sé qué mierda ponerme —le digo a Pily.

—Ponte algo que te resalte las tetas y el culo, eso siempre funciona en Halloween —dice escarbando en mi clóset.

—No quiero parecer desesperada. —Me tiro en la cama.

—Puedes ser *sexy* sin lucir vulgar, eso depende de la personalidad con la que portes las prendas. —Extiende un corsé de cuero a mi lado y un pantalón del mismo material.

—Eso me gusta —digo incorporándome.

Tomo la ropa y la pongo rápidamente sobre mi cuerpo.

—Tengo esta capa negra, la usé el año pasado en una fiesta. Fui Gatúbela, rawr. —Mueve su mano en forma de garra.

—Me gusta. —La tomo y la pongo sobre mis hombros.

Me pasa también un antifaz y lo ajusto en mi cara. Labios de color rojo y listo.

—Te ves increíble, suerte con el alemán. ¿Cuántos años dijiste que tenía? —me pregunta siguiéndome el paso.

—18 también —respondo bajando las escaleras.

Solo espero no cruzarme con Jakov, mi padre, necesito huir rápido.

—¡Cuídate, muñeca! —se despide desde la lejanía.

Me dirijo al garaje, subo a mi moto y la enciendo. Salgo a toda velocidad hacia el recinto.

Llego al lugar repleto de personas, no acostumbro a venir a este tipo de fiestas tan juveniles y escandalosas. Encuentro a Alan en la cocina hablando con algunos de sus amigos. Mis ojos siguen escaneando el lugar en busca de alguien en especial.

—Me voy —anuncio.

—¡No puedes! —Alan intenta detenerme.

—Él no está aquí, eres un maldito mentiroso. Además, me siento tan ridícula. Vine por un hombre cuando sé que aquí hay muchos que vinieron por mí —emprendo mi huida.

—Está bien, ve con cuidado. —Besa mi mejilla y se pierde entre la gente.

Me escabullo entre conejitas *playboy* y *zombies*. Al salir, el aire fresco y frío entra mis pulmones, voy directa a donde dejé parqueada mi moto.

—¿Tan rápido te vas?

Detengo mis movimientos al escuchar su voz.

—Sí. —Vuelvo a reanudar mi ida, no volteo a verle en ningún momento.

—¿De qué huyes, Batman? —pregunta llegando a mi lado.

—Soy Gatúbela y no huyo de nada, tengo hambre y aquí solo hay alcohol. —Me subo a la moto y, al fin, clavo mis ojos en él—. ¿Y tu disfraz?

—Soy Clark Kent, ¿no es obvio? —Señala sus lentes.

Blanqueo los ojos. Me quito la capa y el antifaz. Los guardo entre el forro del tanque.

—Cuánta creatividad. —Halago falsamente.

—Vamos a comer, no conozco muy bien Washington y quiero probar su famosa comida rápida americana —pide.

—No puedo llevarte, como puedes ver, solo hay asiento para uno —digo lo evidente.

—Tengo la mía ahí. —Señala una moto roja de alto cilindraje.

—Buen gusto. —Inclino la cabeza—. Andando entonces. Sígueme. —Me pongo el casco y acelero sin moverme.

Él se ubica en su vehículo y me da la señal para arranque, salgo a la calle. De vez en cuando, miro por uno de los espejos para cerciorarme de que viene atrás. Entramos ambos, surcamos las oscuras y húmedas calles de Washington, un par de veces lanzamos piques en los semáforos, pero el resto del camino él se ubica detrás de mí.

Estaciono frente a un puesto de comidas rápidas. Él imita mi acción.

—Aquí tienen las mejores hamburguesas del mundo —digo con entusiasmo.

—Eso espero —replica.

Realizamos el pedido y cuando nos lo entregan empezamos a comer como lo hace un militar, en menos de 2 minutos. Sentados sobre nuestras motos, uno frente al otro.

—¿Lista para Afganistán? —pregunta.

—Sí —respondo—. ¿Cómo te fue a ti?

Ir a la guerra en el Medio Oriente es la mayor prueba para testear de qué está hecho un physicorum.

—Pensándolo bien... ¿Podemos hablar de otra cosa que no sea el ejército?

—Me parece bien. —Me encojo de hombros—. ¿Qué hacías en esa fiesta? No pareces ser de... —Lo miro de pies a cabeza—, de esos.

—Fui porque me dijeron que tú irías.

Se me escapa una risa.

—Si estás buscando ligar conmigo, vas muy mal. —Limpio las comisuras de mi boca.

—¿Cómo puedo mejorar entonces? —pregunta y se pone de pie, acercándose a mi lugar.

Su pregunta me sorprende, qué directo, me gusta. No detiene su acercamiento.

Lo miro por unos segundos. Me atrapan sus ojos azules, los cuales llevan un tinte café en uno de ellos, que antes no había tenido la oportunidad de reparar. Se inclina un poco, haciendo que nuestras narices estén a solo dos centímetros de tocarse, bajo mi mirada a sus labios.

—Vamos. —Enciende mi moto y se aleja.

Salgo del trance y me acomodo para arrancar. Esta vez lo sigo yo a él. Llegamos al frente de un lujoso hotel llamado Stark, bajamos al estacionamiento subterráneo. Desciendo de la moto sin saber lo que realmente voy a hacer. Tengo un nudo en el estómago, los nervios me atacan.

Él también baja y detalla mi cara.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado.

Da unos pasos hacia mí y vuelve a acortar la distancia que teníamos.

—Tengo 18 —advierdo cuando su proximidad incrementa aún más.

—Lo sé. —Apoya sus manos en el asiento de la moto, dejándome acorralada entre sus brazos.

—Están prohibidas las relaciones entre nosotros —aclaro.

—También lo sé.

—Tienes 25.

—24, aún no los he cumplido —objeta.

Vuelvo a detallar sus ojos azules hasta caer en su boca. No lo pienso más de dos veces y me lanzo a probar sus labios. Empiezo con un beso suave, él me deja controlarlo, disfruto su sabor y suavidad. Me responde de la misma manera, pero, segundos

después, sus manos caen en mis caderas y me levanta en el aire, haciendo que mis piernas se abran y rodeen su torso. El beso toma más velocidad y efusividad, trato de seguirle el ritmo. Besa increíblemente bien. Colisiona su pelvis con la mía y suelto un jadeo cuando siento algo duro y grande en sus pantalones.

—Soy virgen. —Me despego para decir agitada.

Su rostro se transforma y su cara de sorpresa me hace entender que todo acabó aquí. Me baja con delicadez de su regazo. Se cruza de brazos y mira al piso. Frunzo el ceño y niego con la cabeza, porque sé lo que está pensando.

—No voy a enamorarme de ti —me burlo—, será solo sexo. No importa si es la primera, la quinta, la octogésima... Es solo sexo, Müller, no te asustes. No soy como el resto de las chicas que espera que un príncipe azul les meta la polla bañada en brillantina sobre una cama de pétalos, jurándole amor eterno —bufo—. Solo te lo informo para que, si algo llegase a pasar, tengas un poco de cuidado al inicio.

Su semblante se relaja y esta vez me mira divertido.

—¿De qué planeta eres? —dice incrédulo.

—Del de la perfección —bromeo.

Se acerca y vuelve a chocar mis labios con los suyos.

—Me gusta —confiesa y vuelve a besarme—. Vamos, haré que recuerdes este momento toda tu vida, no te juraré amor eterno, pero sí juro que voy a darte mínimo 5 orgasmos.

Muerdo mi labio inferior.

—Me interesa, acepto —respondo con una vil sonrisa.

Me toma de la mano y juntos llegamos al ascensor, oprime el botón del último piso. Toma mi mano y la lleva hasta la gran protuberancia en sus pantalones.

—Espero que esto no te vaya a doler tanto —dice.

Aprieto su dureza a través de la tela y siento como, poco a poco, me voy humedeciendo. Él se pone duro para mí y yo me ablando para él.

Dos pisos más arriba, más personas ingresan y quedamos acorralados en un rincón. Mi trasero choca con su pelvis y con ganas me presiono aún más.

—Si quieres que tenga cuidado, no me provoques tanto —susurra en mi oído.

La piel del cuello se me eriza, haciendo que la corriente llegue hasta mi zona baja. Vuelvo a tentar a la bestia y me inclino aún más hacia atrás, moviendo mis glúteos un poco hacia los lados.

—Atenea... —susurra y lleva sus manos hasta mis caderas, haciendo que pare el vaivén.

El ascensor se detiene y las personas salen. Mierda, ahora sí temo por mi vida. Cuando se cierran, él me gira, me encuella y me presiona contra la pared.

—Voy a ser gentil la primera vez, pero pasadas un par de horas, cuando ya te adecues a mi tamaño, te daré como si no hubiera un mañana —me amenaza.

—Suenan bien para mí. —Muerdo mi labio.

Las puertas se abren y vamos directo hasta su *penthouse*. Entramos al amplio lugar y, sin más preámbulos, Müller lleva sus manos a mi espalda y rompe todos los ganchos, haciendo que la prenda caiga en mis pies.

Me gira y rápidamente se prende de uno de mis senos, por inercia, echo mi cabeza hacia atrás, dándome el gusto de disfrutar la caricia por primera vez. Esto es más rico de lo que imaginé.

Me levanta y camina conmigo encima hasta su cuarto, me lanza sobre la cama y luego se sube encima. Vuelve a capturar uno de mis pezones entre sus labios.

—Deliciosos, ¿alguien te había hecho esto antes? —dice mordiendo suavemente la punta.

—No... —jadeo.

—Aún más delicioso, entonces.

Reparte besos por todo mi abdomen hasta llegar al borde de mis pantalones. En dos movimientos, los desabrocha y los baja. Las bragas de encaje dorado quedan al descubierto.

—Voy a darte tu primer orgasmo con mi lengua. —Su boca juega con las tiras de mi ropa interior.

Las comprime sobre mi sexo, haciendo que mis labios vaginales sobresalgan a los lados, mueve la tela sobre mi clítoris, causando que me retuerza del placer. Me he masturbado un millón de veces, pero esto no se compara con nada.

Corre la tela completamente y siento su lengua tibia darme una pequeña lamida a mi botón hinchado, la sensación me arroja lejos y arquea la espalda.

—¿Te gusta? —pregunta.

—Sí, demasiado, otra vez —le pido.

Acata la orden y vuelve a lamer, pero esta vez aplica movimientos más constantes y en círculos.

—Ah... Sí... —Cierro los ojos y apreso la sábana blanca en mis puños.

Cada vez aumenta más la velocidad de su lengua sobre mi clítoris y cada vez estoy más cerca de alcanzar el orgasmo, pero no quiero terminar, quiero disfrutar la sensación por mucho más tiempo.

Siento como un dedo acaricia mi entrada y, poco a poco, se introduce, haciendo difícil la tarea de degustar por más tiempo el clímax. Lo tomo del cabello y lo clavo en mi pelvis, le doy paso al fin a la grandiosa sensación de un tipo de orgasmo que jamás había tenido, el mejor hasta ahora.

Maximilian levanta su cara y me mira triunfante.

—*Muito gostosa.* —Lame las comisuras de su boca.

Se incorpora y se pone de pie al borde de la cama.

—Ven —me indica.

Me muevo hasta donde señaló, me acuesto boca abajo, apoyada en mis codos. Mi cabeza queda frente a su pelvis, pero la

inclino hacia atrás para mirar su rostro. Desde aquí se ve aún más comestible.

—Quiero follar tu boca, ¿bien?

—Bien —asiento con la cabeza y muerdo mi labio.

Muero por probarlo, pero los nervios de hacer algo mal no me abandonan.

Lleva sus manos a la hebilla de la correa y rápido se deshace de su prenda inferior, luego hace lo mismo con su chaqueta y camiseta. Queda completamente desnudo frente a mí y mejor vista no puedo tener. Cada músculo se le marca, las venas de sus brazos son notorias y, al bajar mi vista, la V de su pelvis me invita a que disfrute de lo que sigue.

Su miembro erecto vislumbra una gota de líquido preseminal en la punta, con fingida inocencia saco mi lengua y la paso por esta, eliminando cualquier rastro de que hubiese estado ahí.

—*Muito gustoso* —imito su frase y me degusto con su sabor.

Un jadeo y gruñido se escucha salir de su boca.

—Me estás dificultando la tarea, griega...

—Ya podrás desquitarte después, déjame entrar en confianza —digo agarrando su polla con mi mano.

Es más grande de lo que imaginé y, si no fuera la persona que soy, hace rato hubiese salido corriendo por la puerta.

—Haz lo que quieras conmigo, estoy a tus órdenes. —Abre los brazos a modo de invitación.

Alzo una ceja y, sin darle tiempo, llevo mi boca hasta su polla. He visto chicas hacer esto a hombres en internet, espero no defraudar.

Trato de salivar bastante y de bañar toda su extensión. Cubro mis dientes con mis labios, como lo leí en algún lado, y empiezo a mover mi cabeza de adelante hacia atrás.

Más y más jadeos se escuchan salir de su boca, al parecer, lo estoy haciendo bien. Sabe delicioso y me excita demasiado el

hecho de que, a pesar de ser una virgen, estoy proporcionándole el placer a la mole de músculos que tengo enfrente.

Sigo chupando, succionando y lamiendo por unos minutos más hasta que me detiene.

—Aún no —me indica y toma mi quijada entre sus dedos.

Lleva sus manos hasta debajo de mis axilas y, como si no pesara nada, me alza en el aire, me voltea y caigo boca arriba.

Toma un condón de su mesa de noche y, con cuidado, lo desliza sobre su polla. Sé lo que viene y mi piel se eriza, los nervios siguen subiendo.

—Marca el ritmo, dame instrucciones y avísame si duele, pararé de inmediato —dice, situándose entre mis piernas.

Con una mano direcciona su miembro hasta mi vulva y la empapa en líquidos, la caricia me hace soltar un gemido. Se inclina sobre mí y ataca nuevamente uno de mis pechos sin dejar de mirarme. Me gustan sus malditos ojos azules.

Siento como posiciona su polla en mi entrada y, poco a poco, empieza a intentar introducirse. Lleva su mano hasta mi clítoris y con su dedo pulgar lo masajea. Sigue con su mirada fija en mi rostro, pendiente a algún cambio en él.

Trato de relajar los músculos de mi pelvis para intentar aceptar con facilidad su tamaño. Tal vez debí escoger un pito chico, mierda.

Siento como la cabeza entra y el ardor empieza a hacerse presente, muerdo mi labio y él se detiene.

—No detengas si no te lo pido —indico entre jadeos.

Vuelve a retomar su tarea e intenta esta vez llegar un poco más adentro. Con pequeñas y suaves embestidas se va abriendo paso en mi apretado y húmedo canal. Arde y duele, pero las caricias que me aplica en los pechos con su lengua y los movimientos con su dedo en mi clítoris hacen más llevadera la sensación.

Y en un momento se detiene.

—¿Qué pasa? —le pregunto preocupada.

—Entró toda. —Se incorpora para mirar la unión de nuestros sexos —. Voy a empezar a moverme suave.

Asiento con la cabeza y él vuelve a retomar las caricias en el resto de mi cuerpo.

Lo siento salir un poco y volver a introducirse. Mi entrada y mis paredes arden, pero no digo nada, leí que después de un rato, empieza a sentirse un poco de placer.

Muerde uno de mis pezones y suelto un gruñido.

—¿Cómo estás? —susurra sin parar el pequeño vaivén de sus caderas.

—Bien —digo con voz agitada.

—Un poco más entonces.

Asiento con la cabeza. Él aumenta la velocidad y, con ello, el ardor dentro de mí nunca aminora, pero tampoco quiero que salga, lo está haciendo perfecto y los otros puntos donde imparte placer me tienen al borde del clímax.

Su dedo acelera los movimientos en mi clítoris y detiene los de su pelvis, enfocándose solo en mi botón. Juega y chupa mis senos y sé que estoy cerca nuevamente. El masturbarme yo sola me ha servido para saber lo que me gusta y dónde me gusta, qué es un orgasmo, cómo alcanzarlo, sostenerlo y alargarlo.

—Max... Voy a... —Llevo mis manos hasta su espalda y clavo las uñas.

Las embestidas regresan y se hacen más fuertes, pero al estar a punto de alcanzar el orgasmo, hace que ignore por completo el dolor y me enfoque en el placer. Siento como entra y sale más rápido, y con fuerza.

—¡Max! —exclamo cuando llego al final.

Sus penetraciones aumentan tras mi grito, pero solo duran unos segundos hasta que los ralentiza. Todas las venas de su cuerpo están brotadas y su piel bañada en sudor. Sé que llegó también, su cara de liberación lo dice todo.

Sale suavemente de mí, llega hasta mi cuello y reparte algunos besos para luego dejarse caer a mi lado.

—Oficialmente, ya no eres virgen. —Sonríe vilmente—. ¿Cómo estás?

Lleva su mano hasta mi pierna y la acaricia de arriba abajo.

—Desvirgada —bromeo mirándolo.

Sus rizos están fuera de sí, luce recién follado, un Müller recién follado por una Zubac.

Ríe nasalmente.

—En serio, griega. ¿Cómo estás? Necesito repetir eso en unos minutos, ¿crees que puedes? —Bbesa mi hombro.

—Vuelve a mojar me como al principio y estaré lista para ti —aprovecho para tocarlo también.

Con mi dedo trazo cada línea muscular que tiene en su abdomen y brazos.

—No será problema —dice y nuevamente se sitúa encima mío.

Devora mi boca y respondo con aún más rudeza. Esa noche entre sábanas blancas, gemidos, jadeos y gruñidos, repetimos una vez más el encuentro, pero, por ser mi primera vez, decidimos dejar el siguiente para mañana y, después de otro gran orgasmo de ambos, decidimos caer en un sueño profundo.



El sonido de un arma recargándose me despierta. La cabeza del alemán reposa encima de mis pechos y debo inclinarme para alzar mi vista, buscando de dónde proviene el ruido. Cuando lo hago y lo veo, me siento de un brinco y muevo a Maximilian al lado para, luego, taparme rápidamente con la sabana.

—¡Papá! ¿Qué mierda haces aquí? —pregunto asustada.

«Se viene una grande», pienso al verlo encañonar y apuntar su escopeta contra Maximilian. Él se ha sentado de sopetón en la cama y tiene una mano frente a él para evitar yo no sé qué.

—Jakov, baje el arma —le pide calmado.

—¡Apenas tiene 18, maldito hijo de puta!

—¿Por qué le dices hijo de puta a mi hijo? ¿Para qué mierda me citaste aquí tan temprano? —La voz de una mujer llega a mis oídos, proviene de la sala—. ¡¿Qué haces?!
Se apresura a entrar a la habitación y se lleva sus manos a la boca cuando ve la escena.

—¡Estás jodiendo las reglas, Maximilian! —exclama ella.

—Solo es siete años mayor, no es para tanto. —Me pongo de pie cubriéndome con la sábana y comienzo a buscar mi ropa.

—Eres menor que él, ¡acabas de cumplir 18! —dice mi padre sin quitarle el ojo al alemán.

—En mi defensa, puedo decir que fue de mutuo acuerdo y ella tuvo más control sobre mí, que yo sobre ella —recalca Maximilian.

Susan bufa.

Jakov vuelve a recargar y detona la escopeta en la cama. El sonido me hace dar un salto.

—¡Jakov! —le grita Susan.

—¡Voy a matarlo! —recarga y vuelve a disparar hacia él, pero Maximilian lo esquiva y corre por su vida hasta el baño, en el cual se encierra.

—Llévatelo —me pide la mujer rubia.

—¡Papá! Vámonos, él no tiene nada que ver, yo me tiré encima —digo terminando de vestirme bajo la sábana.

Me pongo la camiseta de Maximilian, debido a que él dañó mi corsé.

—Baje el arma, Jakov. No armemos una guerra aquí. —El alemán sale del baño con una toalla alrededor de su cintura y con una Glock en su mano derecha.

—Papá —advierto—, baja el arma. —Poco a poco me sitúo en medio de los dos, dándole la espalda a Müller. Giro un poco mi cabeza hacia él—. Tú también.

Un par de segundos más de tensión pasan hasta que Jakov habla.

—Vuelve a hacer una estupidez de este tipo y te encierro en un convento. Puedes echar a perder tu carrera por esto —advierte, para luego rendirse.

—¡Sí, señor! —Tomo pose militar.

—Tu padre te advirtió mil veces que con la hija de Zubac no... y... ¡¿Qué les pasa?! ¡Los pueden expulsar de la organización! —Susan niega con la cabeza y se va tras Jakov.

Maximilian y yo quedamos nuevamente solos en la habitación.

—Nos vemos por ahí, entonces. —Sonrío.

—No quiero que me maten, ni que me expulsen. Eres terreno prohibido. —Tira el arma sobre la cama.

—¿No valgo el riesgo? —Me acerco y pego mi pecho al suyo. Ríe sensualmente, me rodea con su brazo y me besa con delicadeza.

—¡Atenea! —grita Jakov.

Me separo.

—Adiós, Müller —digo coqueta.

—Adiós, Zubac.

Me giro y salgo por la puerta, esperando que esta no sea la última vez que lo vea.



CAPÍTULO 01

*7 años después...
Alepo, Siria
2 de enero del 2021*

Atenea

Antes del 15 de marzo del 2011, en esta ciudad las personas tenían una vida normal, un trabajo al cual responder y una escuela a la que asistir, templos a los cuales ir a rezar y reuniones familiares a las cuales ir a divertirse, pero justo ese día empezó una guerra civil que hasta hoy no cesa. Nadie alza una bandera blanca, nadie la detiene y el número de muertos llega hasta las 6 cifras. Aquí no se ve ni un solo edificio en pie, las ruinas son la principal característica del lugar, agregando a los militares que defienden la zona y a las bombas que se activan de vez en cuando debido a la oposición siria, que es un grupo de terroristas que se han unido para afectar a distintos países del Medio Oriente.

Estoy aquí para dar de baja a algunos integrantes de dichos grupos, los SEAL del grupo cuatro han pasado semanas haciendo inteligencia en la zona y ahora que han dado con ubicaciones verificadas, los physicorums entraremos en acción.

—Aquí Spartana 0177, ¿me recibe? —hablo por el intercomunicador.

La noche cubre la derrotada patria y no se escucha ni un solo cascabel a mi alrededor.

—Aquí Spartano 0176, escucho fuerte y claro —responde Alan.

—Tengo en la mira a Charles Jones —digo el nombre en clave del terrorista Abadiel Hazi.

Estoy en la terraza de uno de los edificios que aun logra sostenerse en pie. Bocabajo, camuflada y armada con mi francotirador. Thompson me acompaña a mi izquierda, cubriéndome las espaldas.

—Yo a Will Smith —dice.

Ruedo los ojos. De tantos nombres que había, tenía que escoger el de un actor.

—A la de tres —aclaro.

—Una...

Apunto con precisión y deajo escapar todo el aire retenido para luego quedarme completamente inmóvil.

—Dos...

—Tres —decimos ambos al unísono y apretamos el gatillo.

—Tiro limpio —susurra Thompson mirando a través de los binoculares.

—¿Y bien? —le pregunto a Alan.

—Enemigo abatido.

El resto de las personas se alarman y empiezan a buscarnos sobre los techos. Las balas no demoran en impactar en nuestra dirección. El sudor me corre la frente y el corazón bombea sangre tan rápido que me deja saber que la adrenalina en mi sistema comienza a hacer de las suyas.

—Retirada —ordeno a todos los de mi equipo.

Soy la comandante del grupo perteneciente al hemisferio de occidente, pero hoy he venido a brindarle apoyo a los SEALs

y al grupo de oriente, que debido a que están ocupándose de otra misión cerca de aquí, no pudieron asistir en esta.

—A correr —dice mi compañero.

Echo mi fusil a mi espalda y tomo mi AK-47 para lanzarme a gatear hasta llegar a las escaleras.

—Matas a la reina y las obreras se desesperan —digo en medio de risas.

Desciendo con rapidez cada peldaño y salgo por un hoyo en la pared del último piso. El tiroteo ha cogido fuerza y temo a que una bala impacte mi cabeza.

—Distancia hasta la zona segura —exijo.

—Dos kilómetros —anuncia Thompson.

—Espero que todas las maratones que corriste en Dublín te sirvan para algo —me burlo del irlandés, que está a unos metros atrás.

—El último en llegar calienta las latas de frijoles —me reta.

—Acepto. —Miro al moreno que tengo al lado—. A correr, 0165.

—Me llaman Usain Bolt —dice y echa a correr.

Imito su acción y agradezco tener las piernas lo bastante largas para ponerme a su par. Ignoro el peso de mi uniforme y mi armamento. La motivación que tengo ahora es sobrevivir y no tener que calentar mi lata de comida, pues siempre termino quemándome.

Nos vemos entre los escombros en el suelo de las edificaciones, de vez en cuando tenemos que detenernos a lanzar fuego de defensa para hacerlos retroceder y poder tomar un poco de ventaja. Solo nos faltan unos cuantos metros más para culminar y traspasar la frontera de la zona segura, donde está la base militar de los norteamericanos.

Me paso a Thompson, que luce cansado y a punto de fallecer.

—¡Corres como una maldita niña! —grita agitado.

—¡Deberías aprender! —le respondo.

Mis pulmones no resisten más, pero a este punto no puedo flaquear. Ya no nos quedan granadas y estamos a nada de llegar.

Las luces y los tanques de la zona al fin se vislumbran y tomo aún más impulso para llegar hasta el lugar, pero debido a que es un terreno descubierta, deberé moverme en zigzag y preparar mi arma. Recargo y disparo hacia atrás. Thompson hace lo mismo. De reojo, veo llegar a Alan y a Kant, también han empezado a atacar a las abejas obreras iraquíes que nos persiguen. Recuerdo algo, tengo una granada más. Giro hacia el frente sin dejar de moverme y me inclino para tantear uno de los bolsillos de mis pantalones cerca de mi tobillo. Hallo el artefacto y lo abrazo contra mi pecho. Me giro nuevamente y me detengo. Quito el seguro.

—¡Granada! —anuncio y la lanzo hacia los autos tipo *jeep* del enemigo.

Mis compañeros me cubren y el artefacto surca los aires unos metros hasta descender e impactar contra el primer auto y desencadenar una explosión masiva. Miro con excitación la escena y vuelvo a echarme a correr para ganarme mi lata de frijoles caliente. Una sonrisa acompaña mi rostro. Corro como nunca lo había hecho y, cuando cruzo la frontera, me tiro al suelo junto con el resto de mis compañeros.

—¡Latas de frijoles calientes por Alan y Kant para todos! —anuncio.

Mis ojos divisan el cielo estrellado que no tiene por compañía ni una sola nube, hasta que un rostro un tanto familiar entra en mi espacio visual.

—Atenea Zubac —dice.

La miro por unos segundos y me pongo de pie.

—Merassi Ferragni —menciono su nombre.

—A sus órdenes, mi comandante —me da un saludo militar y le devuelvo el gesto.

—Anúnciele a su comandante que el trabajo está hecho y que me debe una. —Paso por su lado y sigo a parte de mi unidad.

—¿Por qué no se lo dice en persona usted misma? —agrega a mis espaldas y me detengo.

Hace más de 7 años que no me cruzo con él, ni por casualidad y tampoco lo haría por deseo. Ahora ambos somos la cabeza de los grupos y pronto él será quien rij a los dos más el resto de los ejércitos.

—No tengo tiempo, despegamos mañana a las 0300 horas, será en otra ocasión. —Doy una simple sonrisa y sigo andando.

Me reúno con mi unidad y, entre todos, hacemos conteo de cabezas asesinadas, comemos de las latas que calentó Alan y preparamos nuestras bolsas de dormir para despertarnos en menos de tres horas. Hasta cinco minutos de sueño son importantes en esta profesión. El rostro de Ferragni, la italiana, viene a mi cabeza cuando cierro los ojos. Había escuchado sobre ella y sus características físicas, pero nunca la había visto en persona. Dicen que es una *hacker* excepcional.

Mi cuerpo se apaga cuando se lo ordeno y cae en un profundo sueño cargado de pesadillas. Se siente como una película que dura segundos y pronto suena la alarma que indica que es hora de partir hacia Washington, donde una nueva tarea nos espera.

Alisto mis cosas y me visto por completo con mis armas, el resto de *physicorums* hace lo mismo y marchamos hasta los autos que nos llevarán al aeródromo. Justo cuando llegamos, bajamos del auto y un hombre vestido de traje militar me intercepta.

—¿Comandante, Zubac?

—¿Usted es? —Me detengo y lo miro de pies a cabeza.

Jamás en lo había visto.

—Representante de la asamblea general, el convoy la espera —señala una hilera de uros Vamtac al fondo.

—No entiendo... —Doy un paso hacia atrás y me pongo en estado de alerta.

Mi unidad se da cuenta y hace lo mismo. Mi celular satelital suena y en este veo un correo de Magnus White, el general de los Estados Unidos. Lo abro y me indica que debo acompañar al hombre por órdenes de arriba.

—¿Y mi unidad? —inquiero.

—Se reencontrará con ellos pronto —responde.

Odio las malditas órdenes. Llevo mi vista hacia ellos y les doy un saludo militar que no dudan responder, se giran y se van hacia nuestro *jet* para despegar hacia la capital norteamericana.

—Lo sigo —le hablo al hombre de traje.

Ingresamos al auto y el arranque se efectúa con rapidez. En este auto solo estamos él, el conductor y yo en la parte trasera. Horas después, miro por la ventana y diviso el amanecer que se despliega en el horizonte del terreno árido. Según la dirección, debemos estar moviéndonos hacia otra ciudad de Siria, llamada Homs.

Nos adentramos en otra base militar y el convoy se detiene. No recurro a la paciencia y abro la puerta.

—De nuevo tú —digo cuando desciendo del auto y veo a Merassi Ferragni.

—De nuevo yo.

—¿Vas a decirme qué está sucediendo o mantendrán más el misterio?

Echo a andar hacia las enormes carpas que veo al final. Hay un par de soldados parados a los lados y les tiendo mis armas y mi equipaje. Sin rechistar, lo cargan y quedo un poco más liviana. El calor empieza a hacerse presente a medida que va saliendo el sol.

—Se le informará todo pronto, comandante —dice la italiana y me invita a abordar la camioneta.

Ingreso sin saber lo que está a punto de suceder. La intriga me carcome, pero debe ser importante para que apliquen este *modus operandi* lleno de misterio.

No llevo la vida genérica de toda chica de 24 años. Desde los cinco fui ingresada a un sistema de educación de entrenamiento militar que fundó la unión de los ejércitos más poderosos del mundo. Ahí me enseñaron todas las materias en sus grados avanzados.

A los quince años se deja lo técnico y sigue lo práctico, manejo de armas de todo tipo, combate, nos entrenan en Japón durante dos años para aprender todo tipo de artes marciales. Al regreso, con diecisiete años, nos enseñan a manejar todo tipo de vehículo terrestre, aéreo y marítimo. Luego pasamos a estrategia, planeación militar y resistencia psicológica. Recibimos el mismo entrenamiento militar que un soldado o un SEAL, pero más arduo, explosivo, casi inhumano, casi mortal. Nos vuelven indestructibles, de ahí nuestro nombre *physicorum*.

Cada grupo de entrenados está en el mismo rango de edad, por grupo son máximo cinco y, generalmente, solo llegan al final tres. A los 18, nos hacen pruebas durante un año entero, tanto físicas como técnicas. Nos envían a misiones test junto con los SEAL y, finalizando, el año evalúan los resultados y desempeño. Para «graduarnos» se debe sacar un cien sobre cien, si no, pasas a otras agencias no tan relevantes y más del tipo públicas, como el ejército o el FBI.

Nuestro rango y poder está por encima de cualquier general o capitán de cualquier milicia. Los comandantes *physicorum* pueden disponer de la calidad y la cantidad de hombres que se requieran de cualquier entidad para una misión. Yo soy la comandante de occidente.

Fui la mejor de los cinco y todo se lo debo a mi padre, un *physicorum* retirado, que me acogió desde mis tres meses. Siempre estuvo pendiente de mi educación, estudiábamos y entrenábamos

en horas extracurriculares. Me enseñó mucho más que la academia, me hizo fuerte, pero desafortunadamente ya no está en entre nosotros y atesoro todas sus enseñanzas en mi mente.

Miro alrededor lleno de soldados. Me gusta pensar en él, me motiva a seguir en el mundo que eligió para mí, desde mi nombre hasta mi manera de vivir. Si él no me hubiera rescatado ese día, en medio de una de sus últimas misiones en Atenas, yo no estaría aquí pensando en mi aburrida vida.

Ferragni entra a una de las carpas y me invita a que pase. La última persona que imaginaba ver aquí dentro está parada en el centro y me mira directamente.

—Lamento tanta intriga, debíamos proceder así —habla esa voz familiar.

Le doy un saludo militar.

—Buen día, general —digo alto y claro.

Me emociona verlo aquí, entra un poco de calma en mi ser. Magnus White está frente a mí, vestido con su uniforme de general del ejército de los Estados Unidos. Fue el mejor amigo de mi padre, estuvieron en la academia juntos y en muchas misiones. Cuando papá decidió hacerse cargo de mí, Magnus lo apoyó incondicionalmente. Él y papá me criaron como su respectiva hija y sobrina.

—Deja el formalismo —dice—. Un año sin verte ha sido bastante eterno, Atenea.

Doy un par de pasos al frente y me topo con sus ojos grises. Le han salido más canas y percibo algún rastro de ojeras en sus ojos. Prestar más de veinticinco años de servicio en el ejército, después de un tiempo, empieza a notarse en la cara. Mi padre tenía las mismas señales.

—Lo sé, he tenido bastantes misiones desde que me gradué. Mi trabajo es impecable y, por tanto, muy solicitado —digo—. Pero, explícame... ¿Qué hago aquí? ¿Dónde estoy? ¿Es alguna misión? ¿Por qué no viajé de regreso a Washington? ¿Por qué...?

—Calma, Atenea —me interrumpe—. Sé que tienes dudas, por lo que veo, bastantes. Te explicaré todo, pero deja las preguntas para el final. —Me invita a que me siente en una de las sillas.

Merassi sale del lugar y nos deja solos.

—Como sabes, la organización está dividida en dos grupos —empieza explicando y asiento—, los de occidente y los de oriente. Desde que iniciaste, siempre has estado en la base de occidente, pero ahora te necesito en la de oriente. Alan ocupará tu puesto de comandante.

Hago amago de abrir la boca para hablar, pero alza la mano negando con el dedo índice.

—El comandante supremo ha sido asesinado y, por el momento, la asamblea general se está haciendo cargo de las decisiones y esta es una de ellas —aclara.

Asiento fingiendo sorpresa.

—El grupo de oriente se ha convertido en estos últimos cinco años en el más letal y efectivo en la historia de los *physicorums* y te queremos aquí para que cuando Müller suba a la supremacía tú sigas sosteniendo la fama de oriente como su comandante.

—¿Cómo procedo? —digo dando a entender mi afirmativa decisión.

Este traslado se afina a mis planes.

—Sabía que responderías eso. —Se pone de pie, se dirige hacia el escritorio y saca de un cajón un *laptop* que se me hace conocida—. Estarás aquí una semana o menos mientras llega el resto del grupo, faltan dos, que están terminando una misión, hay cuatro rondando por ahí. Están esperando órdenes, aprovechando el tiempo para entrenar y estudiar. Intégrate con ellos, Merassi te servirá de guía, te lleva un año —me ofrece el *laptop* y lo reconozco, es el mío.

Me pongo de pie y la recibo.

—Lo mandé traer, en el correo encontrarás archivos con toda la información sobre tus nuevos compañeros, a ellos también se les envió tu informe. Deben conocerse y compenetrar al cien por cien para que no haya errores en la próxima misión. Ya sabes cómo es.

Miro el *laptop* en mis manos y luego hacia Magnus.

—Tengo el presentimiento de que será una misión de las grandes, ¿o me equivoco?

—Es porque es una de las grandes, Atenea. La misión que se les asignará tal vez sea la más grande en la historia de la organización —revela apoyándose sobre el escritorio con brazos cruzados—. No quiero asustarte y tampoco te puedo decir más por el momento.

—Nada me asusta, Magnus. Fui entrenada para no tener miedo —confirmo ladeando una sonrisa.

—Atenea... —Se para y rápidamente se posa frente a mí. Posa sus manos sobre mis hombros suavemente y habla—, «el coraje no es la ausencia de miedo, sino el triunfo sobre él. El hombre valiente no es aquel que no siente miedo, sino el que conquista ese miedo» —cita a Mandela.

—Haré lo que pueda entonces —aprieto el *laptop* contra mi pecho.

—Darás lo mejor de ti, eso lo sé y sé que Jakov estaría orgulloso. —Se dirige al escritorio nuevamente—. Ahora ve, no me hagas perder más tiempo con tus preguntas.

Hago el saludo militar y salgo de la oficina. Me topo con la pelinegra.

—Te ayudaré a ubicarte esta semana mientras te adaptas a nuestro grupo, estamos emocionados de tenerte en la base de oriente —dice sonriendo, procede a caminar y la sigo—. No es aquí, realmente nuestra base está en Alemania. Pero dado que las últimas misiones de todos fueron cerca de aquí, decidimos reunirnos en este lugar.

Salimos de la carpa y el fuerte sol me recibe, saco mis lentes del camuflado y los pongo sobre mi nariz.

—Esta base es terreno neutral, como el resto de las otras —agrega.

Mis ojos se pasean por cada uno de los soldados que caminan por el lugar.

—Las carpas de descanso están al fondo. —Señala y emprendemos hacia allá—. Esa es la cafetería, el gimnasio de asfalto y la enfermería.

Todo el lugar está muy bien distribuido y organizado. Sigo sin mencionar palabra alguna mientras ella explica cada lugar. Llegamos a los «dormitorios» y, al fondo, veo un catre con todas mis cosas encima.

—¿Qué tal? —pregunta.

—Bonito —doy mi simple respuesta.

—Instálate, ponte cómoda, que en un rato volveré para llevarte a comer algo.

Y, justo cuando menciona la palabra «comer», mi estómago ruge. Lo último que le eché a mi estómago fueron unos frijoles enlatados. Voy hacia la cama, me tiro en ella y suelto un largo y sonoro suspiro.

Aquí vamos de nuevo.



El día pasa sin ninguna eventualidad. Merassi me llevó a almorzar, me presentó a tres de los integrantes. Quería conocerlos personalmente antes de darle una leída a su información. Quiero tener mi propia opinión sobre ellos antes de que un documento los categorice.

La mujer rubia se llama Laura Oliveira, creo que es brasileña, según su acento. El hombre con tatuajes y barbudo que manejaba se llama Igor Volkov, basándome en su acento

también y nombre creo que es ruso. Ya luego lo sabré a ciencia cierta cuando lea sus informes. El último chico, con rasgos asiáticos, alto y con muchos músculos, pero no tanto como Igor, se llama Haru Takashi.

Hablan entre ellos y me preguntan algunas cosas.

—Sentimos muchísimo lo de tu padre, lo conocimos en una de las pocas conferencias que daba de estrategia, era el mejor —habla Merassi, dándome una mirada dulce y de compasión.

Mi papá se retiró a sus 30 años después de la misión donde me adoptó. Se dedicó a criarme, a enseñar y participar en misiones de estrategia donde no había que pisar campo de guerra. Era el mejor en esa área, entregó demasiados criminales a la justicia sin derramar tanta sangre, sus métodos eran excepcionales y no tan invasivos. Magnus también se retiró y aspiró a un cargo militar en el ejército, el cual, obviamente, consiguió.

—Gracias, lo sé.

Me alegra que haya compartido su conocimiento con ellos, de alguna forma, nos servirá para acoplarnos bien como grupo.

—Hoy llega Thomas. Su helicóptero debe estar por aterrizar —informa Haru cambiando el tema y mirando su *smartwatch*.

—¿Y qué hay de Maximilian? ¿Lo dejó solo? —pregunta la rubia y cuando alza la cara detallo sus ojos azules.

—No, culminaron la misión ayer. El vuelo de los dos salía mañana, pero dado que Thomas cumplió su tarea, regresa hoy y mañana lo hará Max, tiene una última tarea pendiente —explica Haru.

Estamos sentados aún en una de las mesas de madera al aire libre del jardín. Laura se levanta disgustada y se va sin despedirse.

—Ven, quiero enseñarte el resto de las instalaciones para que no te vayas a perder —Merassi me indica que la siga y lo hago.

Me despido con la mano de Igor y Haru, el grandote ruso me ignora y Haru me sonrío.

Después de dar un *tour* por todo el recinto, paramos en la carpa donde se encuentra toda la tecnología y los radares.

—Y listo, eso sería más o menos todo. —Merassi se voltea y me mira—. No es que hables mucho.

—Hablo lo suficiente —confieso.

—Maximilian llegará mañana a las 1300 horas, está ansioso por verte —dice.

Su nombre hace clic en mi cabeza inmediatamente. Los recuerdos de hace 7 años vienen a mi mente.

—¿Ansioso por verme? Pensé que durante las misiones solo podíamos comunicar novedades importantes entorno a ellas —digo con demasiada intriga.

—Sí, eso es totalmente cierto, pero sabíamos de esto desde hace unos días.

Y yo apenas me entero hoy y ni siquiera sé que pasa. Empiezo a mirar algunas pantallas y Merassi recuesta su cuerpo en un escritorio.

—Y el tal Max... ¿Por qué está ansioso por conocerme? —pregunto.

—Maximilian —me corrige—. Odia que lo llamen por diminutivos —aclara y toma aire—. Realmente todos estábamos ansiosos, eres como una leyenda en la organización y tu padre ni se diga. Tenerte en nuestro grupo sería estar en otro nivel y Maximilian piensa lo mismo. Siempre ha seguido tus misiones. Él fue uno de los que votó por ti para trasladarte de occidente a oriente, tu compañero Alan también estaba entre las opciones —explica cogiendo un libro de la mesa—, pero la decisión fue unánime, diez votos de diez.

Me sigue sorprendiendo la planeación que hay detrás de esto.

—Entiendo. Y Max... Maximilian, ¿qué tal es como comandante? —pregunto.

—Sí, Maximilian es como tu versión oriente y hombre, obviamente —se ríe de su propio chiste—. Es el mejor franco-tirador que ha tenido la organización. Es experto, al igual que tú, en estrategia y combate cuerpo a cuerpo con armas blancas y sin armas. Pensé que algo habrías escuchado de él.

Sé quién es, solo que ella le está dando mucha importancia y me molesta. Y sí, algo que me hace excelente es que, a pesar de medir 175 centímetros, puedo enfrentarme a diez hombres que me doblen el peso y terminar ilesa. Bueno, a veces no tanto, alguno que otro golpe me llevaré. Gajes del oficio.

—No, no he escuchado nada sobre él —miento—. Se oye como el soldado perfecto —digo picándole para que me cuente más.

—Claro que lo es y físicamente también —dice poniendo los codos en la mesa y su cara entre las manos, supongo que lo está recordando por la cara de tonta enamorada que pone.

—No debe ser nada del otro mundo.

No me gusta cuando alaban a alguien solo por su físico.

—Cuando lo veas, me darás la razón.

Cambiamos de tema y empieza a preguntarme sobre algunas de mis misiones. Horas más tarde, nos encaminamos hacia las habitaciones. Ya son más de las 1900 de la tarde. Pasamos por la cafetería, cogemos algunas cosas para comer después.

Tomo una ducha en los baños portátiles, vuelvo a vestirme con mi uniforme de faena y voy en busca de mi *laptop*. Escaneo la zona buscando una mesa afuera alejada del resto y me acomodo cuando encuentro algo. Enciendo el aparato e ingreso mi contraseña. Abro la aplicación de correo de la organización y, efectivamente, están ahí los informes. Abro el primer archivo que corresponde al informe de Merassi. Tiene varias páginas, de misiones que ha logrado con éxito, reconocimientos que ha ganado, quiénes son sus padres, familiares, tipo de sangre, enfermedades... Voy a su información básica y la más importante.

Physicorum 0157

Merassi Ferragni

Nacida el 2 de abril de 1995 en la ciudad de Roma, Italia.

Efectivamente, tiene un año más que yo y le atiné a su acento italiano. Sigo leyendo.

Habilidades especiales

Experta en el manejo de las tecnologías de comunicación e información con conocimientos técnicos avanzados en computación y programación.

Observaciones

Alergia al maní.

Ya sabía que era una *hacker*. Abro otro archivo y este corresponde a Laura. Tiene la misma información que el de Merassi, bajo por las páginas, todos tienen la misma educación igual a la mía, entonces leeré lo más importante, que son sus habilidades y observaciones. También me interesa la edad para saber cuánto tiempo llevan en el campo activo y su número de agente.

Physicorum 0138

Laura Oliveira

Nacida el 5 de abril de 1994 en la ciudad de São Paulo, Brasil.

Era imposible equivocarse con el acento.

Habilidades especiales

Experta en manejo de cualquier tipo de vehículo terrestre, aéreo y marítimo.

Observaciones

Asmática.

Toda una superpiloto la rubia. Sigo con el otro archivo y este es de Igor, me corto una si no es ruso.

Physicorum 0146

Igor Volkov

Nacido el 23 de noviembre de 1992 en la ciudad de Kazán, Rusia.

¡Ja!, ¡lo sabía!

Habilidades especiales

*Experto en manejo de armas pesadas, armas cortas y largas.
Desactivación y construcción de bombas.*

Tenía cara de eso.

Observaciones

Ataques de ira.

Abro otro, este es del chico asiático.

Physicorum 0152

Haru Takashi

Nacido el 23 de diciembre de 1995 en la ciudad de Tokio, Japón.

Habilidades especiales

Experto en el manejo de las tecnologías de comunicación e información con conocimientos técnicos avanzados en computación y programación.

Experto en manejo de drones, reparación y creación de equipos tecnológicos.

Otro hacker.

Observaciones

Claustrofobia.

Sigo mirando y llego a Thomas. El *physicorum* que llegaba hoy a la base.

Physicorum 0105

Thomas Duane

Nacido el 12 de septiembre de 1993 en la ciudad de New York, EE. UU.

Habilidades especiales

Médico militar cirujano especializado en traumas y emergencias.

Observaciones

TOC.

Intuía que él sería el médico, siempre hay uno o dos en cada grupo.

Abro el archivo de Maximilian. El comandante de oriente. Abro la barra y le doy un mordisco. No sé por qué quiero leer este un poco más a fondo, supongo que será porque sé solo cosas superficiales sobre él y quiero saber más de quién liderará y qué tan «perfecto» es el señor Müller.

Physicorum 0101

Maximilian Müller

Nacido el 4 de noviembre de 1990 en la ciudad de Berlín, Alemania.

Alemán...

Habilidades especiales

...

Leo rápido y paro de repente. Tiene las habilidades especiales de los otros *physicorums* exceptuando a Thomas. Además, también tiene la habilidad especial de combate cuerpo a cuerpo, estrategia e inteligencia militar, y... experto francotirador. Es literalmente como lo dijo Merassi, mi yo versión hombre.

Tiene más misiones realizadas que yo, obviamente. Lleva diez años en el campo activo, yo apenas cinco. No sé por qué me estoy comparando con él, tal vez me siento un poco... ¿Amenazada? No creo, él va cuatro años delante de mí, pero en cuatro años yo habré hecho más que él a este tiempo. «Atenea para de comparar, es compañero, no rival», me recuerdo.

Curioseo más, llego al anexo familiar, sus padres son... Ya sabía.

Observaciones

Ninguna.

Esto tiene que ser un chiste. ¿A quién habrá comprado para que le hayan puesto eso? Todos tenemos una maldita debilidad, ahí las llaman «observaciones» para que suene «bonito». La mía es mi ansiedad junto con mis ataques de pánico. No quiere decir que nos hagan débiles, solo se pone ahí porque tenemos que estar enterados de la condición del otro para poder ayudarlo a superar su debilidad y en algunas situaciones convertirla en algo provechoso o evitar que se vuelvan mortales, como la alergia de Merassi y el asma de Laura. Aquí debemos ser transparentes como el agua frente al grupo. Este don perfecto debe de tener alguna mierda oculta, me clavaría una bala en la sien si no.

Cierro el *laptop* y reviso mi celular, son las nueve. Tomo un poco de agua de una de las botellas que traje de la cafetería y me dispongo a ir a dormir. Pero mi mente me sabotea, pienso en Maximilian, en nuestro encuentro de hace algunos años y en cómo encontraré su maldita debilidad.

CAPÍTULO 02

Atenea

Nos hallamos en una de las carpas. Estamos sentados alrededor de la mesa rectangular. A excepción de Thomas y Maximilian. Aproveché la mañana, fui a correr por el lugar y a entrenar al gimnasio. Después, pasé a desayunar a la cafetería, donde me encontré a Merassi y comimos juntas. Me informó que a las 1330 horas nos reuniremos con el resto. Y henos aquí, ahora, esperando al doc y a don perfecto. Odio la gente impuntual.

La puerta se abre. Entran dos cuerpos altos, grandes y masculinos. Visten de negro, igual que nosotros. Detallo al primero que entró, es un moreno de ojos azules, tiene una barba medianamente poblada, bien estilizada. Toma asiento al lado de Laura y queda frente a mí. Es atractivo, no lo puedo negar. Él debe de ser Thomas Duane.

Mis ojos viajan hasta Maximilian. Está más grande que la última vez que lo vi. La piel de sus brazos refleja músculos bastante definidos. Subo a su rostro, está bien afeitado, su cabello negro está aún más corto.

El alemán posa sus ojos en mí y me mira de una manera un tanto extraña. Estoy sentada a su lado derecho. Siento una

suave corriente eléctrica en mi columna, pongo mi espalda recta y lo miro.

—Es un honor tenerte aquí, Atenea —dice Maximilian.

Mi mente se va a un escenario donde ya me ha «tenido» mejor. Pestañeo y me acomodo otra vez en la silla.

«¿Así que vamos a jugar a que no nos conocemos?».

—Para mí también es un honor estar aquí —respondo rápido.

Su mirada no refleja la misma calidez de hace 7 años, o tal vez son cosas mías.

—Mi nombre es Maximilian Müller —se presenta—, soy el comandante de oriente —extiende su mano hacia mí.

Me obligo a pararme. Extiendo mi mano también y logro una fuerte unión. Mis dedos quedan perdidos en la grandeza de los suyos. Los segundos se hacen eternos y lo suelto. Limpio disimuladamente las mías en mi uniforme, estoy sudando, de repente, la temperatura subió gracias a algunos *flashbacks* que pasaron por mi cabeza.

—Yo soy Thomas Duane. —Se para el moreno y me extiende la mano por encima de la mesa—. Repito lo que dijo Maximilian, qué honor que estés aquí.

—Atenea Zubac —respondo segura—. Insisto, el honor es mío. —Le sonrío.

Tomamos asiento y Maximilian empieza a hablar.

—Tendremos una misión de categoría baja antes de la principal que empezará a llevarse a cabo dentro de un mes — abre su laptop y continúa explicando—. Partiremos esta misma noche a Berlín. La misión empezará en dos días y necesitamos equiparnos con lo necesario. Saldremos a las 2000 horas. Les envié al correo la información de la misión. Estúdienla.

Todos proceden a ponerse de pie y salir, exceptuándome. Necesito información.

—Atenea. —Levanto la cabeza y miro a Maximilian—. Necesito aclararte algunas cosas.

Cruzo mis brazos sobre la mesa y me acerco a ella.

—Qué bien, porque tengo demasiadas preguntas, comandante —digo la última palabra con un tono de burla que él no capta.

—Lo sé, y con gusto te las responderé todas. —Se inclina hacia atrás en su silla—. Supongo que la primera pregunta será el porqué nadie te avisó con antelación.

Asiento con mi cabeza.

—Sí, es mi duda principal.

—Queríamos que terminaras la misión en Siria, y evaluar si estabas lista para esta —explica.

—¿Evaluarme? No soy una novata.

Me molesta un poco que crea que es superior a mí.

—Eso también lo sé, todos fuimos evaluados antes de empezar esta misión. Por eso únicamente seremos siete, tal vez necesitaremos refuerzos en algún punto, pero seremos los principales. —Se pone de pie—. Conozco a la perfección tus alcances, nunca dudé, simplemente había que seguir un protocolo. Ya sabes cómo es.

—Entiendo. —Sigo sentada con mis manos sobre la mesa—. Yo también quiero aclarar algo. No dejé mi puesto de comandante en occidente para venir aquí a seguir órdenes, espero me consideres como tu igual. —Me pongo de pie para denotar más carácter—. Podemos poner algunas reglas para dividirnos el poder, pero no seré menos aquí.

Al parecer, le sorprendió mi confesión, creo que no se lo esperaba, pero no me preparé toda una vida para ser una subordinada.

—No dividiré mi poder, no solo tú has trabajado duro por él. Llevo más años dirigiendo physicorums. Sería ridículo dividirlo con alguien que lleva menos de un año siendo comandante, por muy excelente que sea.

Noto que le molestó bastante mi idea.

—Si nos vamos a los números, he hecho más misiones y ganado más méritos que tú a mi edad.

No quería generar discordia, le propuse un arreglo y lo rechazó. No bajaré mi cabeza.

—Es casi irreal que alguien consiga ser comandante solo llevando cuatro años en campo activo.

—No es irrealidad, es talento y trabajo duro.

Me está poniendo al límite y yo estoy haciendo lo mismo con él, creo que le di en un nervio.

Estoy parada frente a la mesa con mis palmas apoyadas en ella, él está al otro lado de la gran mesa rectangular mirándome fijamente con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Sus bíceps y pectorales se le marcan bastante en esa posición. Mi mente se va por otro camino durante un momento y me reprendo.

Vuelvo al tema en mi cabeza. No me ofende lo que dice, la mayoría de las personas piensan igual. Me gané mi puesto gracias a mi cualidad innata de liderazgo y estrategia, sé guiar un equipo y completar misiones sin error.

—Ser la hija de un exphysicorum y la sobrina de un general del ejército ha de servir mucho —suelta.

Su frase no me ofende ni un poco.

—Tú también eres hijo de un gran general de ejército alemán y sabes muy bien que eso no tiene nada que ver, pues todos tenemos nexos con rangos altos —contraataco.

—Al parecer, los años te han vuelto más perspicaz.

—La gente madura y aprende muy bien de ciertos errores —entrecierro mis ojos.

—Es bueno que hayas aprendido de ellos, pero también lo es que no los olvides. —Guiña un ojo.

Suspiro y lo miro.

—Maximilian... —digo suavemente tratando de no dejarme controlar por el ego—. Me da igual la manera en la que

pienses que conseguí mi rango, el hecho es que lo tengo y no lo quiero perder. La clave para que las misiones sean un éxito es el trabajo en equipo, ya di una solución que es justa para los dos. Si no la aceptas, estaré encantada de regresar a occidente. —Me paro recogiendo mis cosas—. No vine a generar discordias. —Empiezo mi trayecto a la salida, él sigue sin decir nada—. Que tengas un buen resto de día, comandante.

Salgo caminando rápido. Acepté esto por Magnus y porque me conviene bastante estar en oriente. Trazo mi camino hacia la cafetería. Tengo calor, me quito la gorra y me ventilo con ella. El espécimen sigue siendo demasiado intimidante. Me siento de 18 nuevamente.

Maximilian

Después de una sesión de pesas en el gimnasio voy directo hacia los baños a tomar una ducha y alistar todo para abordar el *jet* pronto.

La discusión con Atenea arruinó la idea de que sería sencillo trabajar con ella. Nunca imaginé que me pediría dividir mi poder. No se lo voy a ceder, me costó demasiado esfuerzo llegar a donde estoy y obtener el respeto que poseo. Una niña de veinticuatro años no va a venir a decirme qué hacer. «Esa niña ha matado más de doscientas personas con sus delicadas manos». No me importa, yo he clavado más balas en cabezas enemigas a extensas distancias.

Ingreso directo a la ducha. Cuando la vi por primera vez, hace más de 7 años, tenía esa aura gentil alrededor de ella, pero ahora ha cambiado tanto. Su mirada y su voz son diferentes, sus facciones se han acentuado y luce como toda una mujer experimentada.

Al tocar su mano, el recuerdo de esa noche llegó a mi mente. Su piel sudorosa, la fuerza que le aplicaba con los dientes

a su labio inferior mientras poco a poco la penetraba... Sacudo la cabeza y termino de ducharme antes de que mi miembro empiece a llenarse de sangre.

Me visto con rapidez y salgo hacia el ascensor. Me topo con Thomas en el pasillo.

—Nos están esperando en el *jet* —dice—. Nunca esperé que Atenea fuera tan hermosa, ¿ya la habías visto antes de hoy? —entramos al ascensor.

—No —miento, no quiero hablar de ella.

—¿No te pareció hermosa? —pregunta y estudia mi rostro.

Si tuviera que describirla en una palabra, no sería esa. Salimos del ascensor.

—Es normal —le resto importancia—. Nada del otro mundo.

—¿Ahora qué te hizo? No eres ciego.

—Me pidió dividir el poder —suelto.

—¿Qué? Joder, tiene los ovarios bien puestos —ríe—. No me sorprende que te lo haya pedido, era la comandante en occidente, ¿qué pensabas cuando creíste que sería una mansa subordinada?

—Me importa una mierda quién era, no aceptaré eso.

Llegamos a la pista, el técnico aéreo nos indica que está todo listo para el despegue en 5 minutos. Subimos las escaleras del *jet*. Voy al fondo ignorando a todos, no me apetece hablar con nadie en el vuelo.

Me ubico en mi asiento y abrocho el cinturón cuando el piloto da la orden por el parlante. La mayoría está al comienzo de la cabina en las sillas en forma de comedor, yo estoy atrás, en seguida de la habitación. Frente a mí hay sillas mirando hacia atrás y caigo en cuenta de que ella no está con los de delante. Justo en ese momento sale del baño y toma asiento diagonal frente a mí. Vaya suerte. No me mira, se coloca sus audífonos, acomoda su cinturón y cierra los ojos.

Despegamos y me preparo para estar seis horas en el aire.

Teniéndola casi en frente me permito detallarla un poco más. Su cabello castaño ahora está más largo, su nariz pequeña, sus pómulos redondos, labios rosados perfectos para mamar a profundidad. No mentía cuando dije que tenía una cara angelical, porque a pesar de los años sigue haciéndolo. Y en estos momentos estoy de acuerdo con Thomas, es hermosa.

—Toma una foto, dura más —dice abriendo sus ojos verdes rayando en amarillo.

Retiro lo dicho, es horrible.

—No te estaba mirando —miento y miro hacia la ventana.

—Sé lo que te estás preguntando. —La miro nuevamente.

Apoya su mentón en la palma de una de sus manos.

—No me estoy preguntando nada, no te estaba mirando —vuelvo a mentir.

No hemos pasado más de un día juntos y ya me empieza a desesperar con pronunciar dos palabras.

—¿Cómo puede tener una cara tan bonita y ser tan letal? —hace una imitación de voz masculina fatal.

—¿Quién te dijo que eres bonita? —trato de sonar serio, pero me sale un poco cómico—. Te mintieron. Y no, Atenea, no te estaba mirando, deja tus ínfulas de diosa griega atrás.

Realmente, sí me lo estaba preguntando, pero de un modo diferente: «¿Cómo puede ser tan bonita, venenosa e irritante?». Si realmente fuese una diosa griega no sería Atenea, sino Medusa.

—Como digas, solo deja de mirarme como un maldito acosador. —Desabrocha su cinturón.

—Que no... —empiezo a negar nuevamente y me interrumpe.

—Ay, sí, sí —dice sacudiendo su mano.

Se pone de pie y creo que se dirige al baño. Me irrita esta mujer. Al parecer, por lo que veo, tiene el ego en el cielo. La sigo

detallando, esta vez lo hago con su cuerpo. Los glúteos se le marcan a la perfección en los pantalones de yoga, redondo y firme. Sigue tal cual y como lo recordaba.

Regresa y se acomoda nuevamente en su lugar. Me encuentro mirando algunas cosas en mi *tablet* hasta que, minutos después, siento su mirada.

—Ahora la acosadora eres tú —digo con los ojos aún puestos en la pequeña pantalla.

Y rápido me doy cuenta del error que acabo de cometer.

—Con eso que acabas de decir aceptas que sí me estabas mirando como un maldito acosador. —Cae en cuenta y la miro mal—. ¿Ya pensaste lo de dividirnos el poder?

—No voy a hablar de trabajo durante el vuelo —sentencio. Se para y se sienta en la silla frente a mí.

—Entonces hablemos de otra cosa. —Sube sus piernas al asiento y las cruza.

—Tampoco hablaré de otra cosa durante el vuelo —digo serio. Realmente quería descansar, llevo varias noches sin dormir bien.

—Amargado —susurra, pero alcanzo a escucharla, decido ignorarla.

El resto del vuelo pasa en calma, aprovecho para descansar unas horas. Luego veo que Atenea se va junto a Merassi. Reviso mi *smartwatch* que marcan las 2330 horas en Berlín.

Al salir hay dos Cadillac Escalade esperándonos para llevarnos a cada uno a nuestros lugares de descanso.

Sé que Merassi y Haru comparten piso, Laura e Igor viven en la misma zona. Ellos se irán en la primera camioneta. Thomas y yo vivimos en el mismo barrio, así que iremos en la otra con Atenea. Veo dudar a Atenea, no le informé sobre el lugar en el que se quedará.

—Atenea, te quedarás conmigo —le digo.

No alcancé a pedir que le hicieran una reservación en algún hotel y la base queda a una hora de la ciudad. En mi casa tengo

cuartos de sobra, por esta noche. Ya luego ella decidirá si se quiere ir a un hotel, igual no estaremos mucho tiempo en Alemania.

Le indico que suba a la camioneta de atrás. Se despide del resto y sube al asiento trasero. Thomas sube en el lugar de copiloto. Más suerte. Repito la acción de Atenea con la puerta contraria y dejo el maletín bajo mis pies.

—No quiero causarte molestias, pueden dejarme en cualquier hotel de camino —dice mirándome.

—Ya es muy tarde. Te demorarán en el registro, tal vez no tengan cuartos. Acepta mi casa esta noche, tengo una habitación de invitados con todas las comodidades. Ya mañana decide qué hacer, no nos quedaremos mucho en Berlín.

Lo piensa por algunos segundos hasta que vuelve a hablar.

—Gracias. —Suspira y recuesta su cabeza sobre la ventana.

Tiempo después nos adentramos en Dahlem. La camioneta reduce velocidad y frena frente a una casa grande con fachada de piedra y techos negros. Thomas se despide y baja. Continuamos tres calles más arriba y descendemos del vehículo también. Al frente está mi casa. Es la más moderna del vecindario, pero no es tan grande como las otras, su fachada es blanca con grandes ventanales, el jardín está lleno de varios árboles y césped bien cortado.

Nos adentramos por el camino pavimentado y nos topamos con Bernard, el mayordomo. Nos saluda en alemán.

—*Hallo Bernard* —le respondo el saludo.

—*Alles bereit für die dame* —dice Bernard. «Todo está listo para la dama».

—*Guten abend, Bernard. Vielen dank* —responde ella saludando y agradeciendo en un perfecto alemán.

Su voz suena más oscura en este idioma.

—*Folge mir, dame* —pide Bernard a Atenea para que lo siga.

No se despide y se va pisándole los talones a Bernard. Le

escribí a mi mayordomo durante el vuelo para que tuviera todo listo para Atenea. Me enruto hacia la habitación principal, me deshago de mi ropa, quedando en ropa interior, y me tiro en la cama tamaño *king*.

Caigo poco a poco en los brazos de Morfeo. Desde que supe el nombre de la venenosa de Atenea no he parado de pensar en la mitología griega.